

pedazos de carne corrompida, y hasta con retazos de paño encarnado, con lo que cogieron algunos de aquellos importunos compañeros. El joven Fernando Colon, para quien era aquella pesca una cosa enteramente nueva, conservó el recuerdo de sus diversos incidentes. Vió sacar del vientre de un tiburón unas tortugas que median cuatro piés de ancho, y que, lejos de estar muertas, vivieron todavía mucho tiempo á bordo de la *Capitana*. En otro tiburón se encontró la cabeza de uno de sus camaradas que se había arrojado al mar, la cual él se había tragado sin escrúpulo. Por repugnante que fuera la carne de aquellos cetáceos, el hambre hacía que encontrasen en ella un grande alivio (1); porque, después de ocho meses pasados en el mar, y de los males que habían sufrido, se hallaban corrompidas sus provisiones de carne salada y ahumada, y la harina, maleada por la humedad, estaba llena de gusanos. La galleta estaba de tal manera cubierta de moho y putrefacción, que las tripulaciones no podían decidirse á comer la sopa, «á causa de la multitud de gusanos que salían de ella y que se cocían al propio tiempo (2).» Unos comían cerrando los ojos, para no sentir tanta repugnancia; otros esperaban á comer de noche, á fin de no ver el podrido alimento á que se veían reducidos (3). El Almirante, á pesar de sus dolores y su enfermedad, «no se trataba mejor que el último de los marineros (4).»

El sábado, 17 de diciembre, lograron entrar en un puerto estrecho y largo, cerca del cual divisaron un pueblo construido encima de árboles. Aquellos indios construían de dicha manera sus viviendas, para evitar las sorpresas nocturnas porque estaban en guerra con vecinos. En dicho puerto descansó la escuadrilla por espacio de tres días completos.

El martes parecióles favorable el viento, desplegaron sus velas remendadas y se dieron á la mar. Apenas estuvieron en alta mar, levantóse furioso el viento, y les obligó á refugiarse en el puerto vecino para esperar allí la vuelta del buen viento. Engañados por las apariencias, partieron á los cuatro días con buen viento; pero cambió al cabo de pocas leguas, siendo tal su violencia, que no pudieron resistirla. No obstante el valor de los pilotos, que aquella vez desafiaban el peligro, fué preciso acogerse á una ensenada donde por fortuna encontraron buen anclaje. Los carpinteros y calafates emprendieron en seguida el trabajo, y lograron reparar las averías del *Gallego* y tapar algunas vías de agua de las otras

(1) «Ora quantunque alcuni gli havessero per mal' augurio, ed altri per cattivo pesce, tutti non dimeno lor faccemmo honore, per la penuria che di vettovaglie havevamo.»—Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. xciv.

(2) Herrera, *Historia general de las Indias*. Década 1.^a, lib. V, cap. ix.

(3) «Io vidi molti, i quali aspettavano la notte per mangiar la mazzamora, e non vederli i vermi che v'erano.»—Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. xciv.

(4) El Padre Charlevoix, *Histoire de Saint Domingue*, liv. IV.

carabelas. Procuráronse una pequeña cantidad de maíz, y se renovó el agua de los barriles.

El año nuevo encontró á las cuatro carabelas en aquel sitio.

El 3 de enero de 1503, á pesar de la lluvia y del viento contrario, intentó la escuadrilla emprender otra vez el camino. Luchando con toda su voluntad, logró penetrar el día 6 de enero, festividad de los Reyes, en un río que el Almirante, en honra de la Epifanía, llamó *Bethleem*, ó por abreviacion, *Belen*. Los indígenas lo llamaban *Yebra*. Sólo distaba una legua del llamado Veragua, país de las minas de oro. Puerto Bello dista de Veragua unas treinta leguas aproximadamente, y para salvarlas habían gastado ya cerca de un mes de esfuerzos y padecimientos. En memoria de aquella tan penosa travesía, el Almirante dió á aquella porción del litoral el nombre de *Costa de los Contrastes* (1).

Mandó sondear el río de Veragua que sólo distaba una legua; pero no se le encontró bastante agua, mientras que el río de Belen tenía en su entrada cuatro brazas de fondo. Así pues continuaron surtos en él. Buena inspiración tuvo el Almirante en no salir de allí, porque un día después no habría podido entrar. Él mismo lo certifica: «El día de la Epifanía llegaba á Veragua no pudiendo ya soportar más contrariedades. Nuestro Señor hizo que allí encontrara un río y un buen puerto, en el que penetré difícilmente, y al día siguiente comenzó otra vez la tempestad. Si me hubiese encontrado fuera, no hubiera podido entrar á causa del banco (2).» En las orillas del *Belen* había un pueblo indio, que tomó las armas y se aprestó al combate al ver á los extranjeros. Lograron calmarle, y obtuvieron, aunque con dificultad, algunas noticias acerca de la situación de las minas de oro. Al día siguiente entró una embarcación armada en el río de Veragua. Los habitantes dieron señales de oponerse al desembarque; pero el antiguo escudero de Colon, Diego Méndez, que sabía algo del idioma indio, les hizo comprender que iban únicamente con el objeto de hacer cambios. Calmáronse entónces, y trocaron veinte espejos de oro por fruslerías de Europa.

El 12 de enero, el Adelantado remontó con los botes el río de Veragua hasta la residencia del jefe de la comarca, que tenía el título de Quibian. Su habitación se hallaba situada en una pequeña eminencia. Avisado de su visita, salió á su encuentro. La entrevista fué amistosa. El Quibian dió las alhajas de oro que

(1) «Es tan espantosa la causa de todas esas contrariedades que parece que jamás ningún hombre navegante las haya visto semejantes en un camino tan corto como el que media desde Puerto Bello á Veragua. Á esta costa la llamó el Almirante la *Costa de los Contrastes*. Durante todo ese mal tiempo sufrió ataques continuos de gota con grandes dolores, y todos los que se hallaban á bordo de las carabelas estaban enfermos, fatigados y sujetos á raras debilidades de temperamento.»—Herrera, *Historia de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*.—Década 1.^a, lib. V, cap. ix.

(2) *Cuarto y último viaje de Colon*.

llevaba encima, y recibió presentes que tuvo en grande estima. Al separarse, se despidieron mutuamente satisfechos. Al día siguiente la curiosidad trajo al Quibian al puerto de Belen. El Almirante le dispensó la mejor acogida y le mostró las carabelas. El Quibian hablaba con él por medio de signos. Sus familiares trocaron espejos de oro por cascabeles. Repentinamente, cruzando en su ánimo alguna sospecha, partió bruscamente. Despues de todos los peligros que había corrido el Almirante, todavía le esperaba otro en el puerto.

El 24 de enero, miéntras que una furiosa tempestad trastornaba el Océano, y cuando los españoles se tenían por muy dichosos hallándose amparados en Belen, de repente, y sin causa visible, crece súbitamente el río con tan terrible violencia que las amarras se rompen como un débil hilo. Las carabelas van empujadas unas contra otras. La *Capitana* fué lanzada con tanta violencia sobre el *Gallego*, que le ocasionó graves averías y le cortó el trinquete. Esas dos carabelas se vieron convertidas en juguete del desbordamiento ya en una orilla del río ya en otra. «Por una gracia enteramente particular de Dios no quedaron destrozados los dos buques (1).» El Almirante declara que el peligro fué extremo. Sus embarcaciones estaban á punto de ser arrastradas. «Por cierto que nunca las vi en mayor peligro,» dice; y añade cándidamente con tierna modestia: «Remedió Nuestro Señor como siempre hizo (2).» ¿De dónde provenía aquel imprevisto desbordamiento? El Almirante lo atribuyó no á las lluvias continuas, que habrían producido una crecida progresiva del río, sino á una causa súbita, á un huracan inmenso que habría estallado en el interior de las tierras en la cadena de las elevadas montañas de nebulosas cimas que corrian de Norte á Oeste, á las que había dado el nombre de San Cristóbal. Desde entónces la experiencia ha justificado la admirable exactitud de su conjetura.

Del 6 de enero al 14 de febrero cayó la lluvia sin interrupcion. El Almirante lo consignó: «Llovió sin cesar hasta el 14 de febrero, y no tuve ni una sola ocasion para penetrar en el interior de las tierras, ni repararme en lo más mínimo.» Sin embargo, á pesar de la fuerte lluvia, el Adelantado, al frente de setenta hombres, llevó á cabo un reconocimiento en el interior, y llegó delante de la habitacion de Quibian. Este con ademan apacible, salió á su encuentro dignamente escoltado. El día siguiente, conducido el Adelantado por tres guias que el artero Quibian le había dado, para hacer cuatro leguas de camino, tuvo que vadear cuarenta y tres

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1ª, lib. V, cap. x.

(2) «Y cierto los vi en mayor peligro que nunca. Remedió Nuestro Señor, como siempre hizo.» — Cristóbal Colon, *Carta á los Reyes Católicos, dirigida desde Jamáica á los 7 de julio de 1503*.

veces un río (1), en cuya orilla vivaquearon la noche siguiente. El día siguiente, al cabo de una legua de camino, hallaron mineral de oro en la superficie del suelo. Habiendo los guias acompañado al Adelantado á una montaña muy alta, le enseñaron unas tierras que se extendían hasta más allá de lo que llega la vista, y le aseguraron que, en toda aquella region, y hasta á veinte días de camino á la otra parte de ellos, hacia poniente, existían minas de oro, y citaban con seguridad las ciudades y pueblos en las que se encontraban con mayor ó menor abundancia. Súpose despues que el Quibian había hecho acompañar á los españoles no á sus propias minas cuyos yacimientos había ocultado, sino á las de un Cacique, enemigo suyo, á fin de ponerle en lucha y enemistad con los extranjeros.

Despues de haber dado cuenta el Adelantado de su mision, regresó el jueves 16 de febrero, caminando á lo largo de la costa, al frente de un destacamento de cincuenta y nueve hombres, que seguían las embarcaciones. Recorrió una parte del litoral Urira, donde obtuvo provisiones y espejos de oro, regresando con mucho oro obtenido por cambios. Esta excursion tuvo por efecto el probar que los más ricos terrenos auríferos estaban en Veragua.

Ya que el estado de sus navios imposibilitaba al Almirante de buscar el Estrecho durante aquella campaña, resolvió establecer en aquel punto un puesto militar, que seria al propio tiempo una factoría para la trata del oro, miéntras que él se iría directamente á Castilla en busca de refuerzos y municiones. Hizo varios regalos al Quibian á fin de que no se perturbara demasiado pronto por aquel establecimiento en sus tierras. Escogióse un sitio algo elevado, cerca del río, á un kilómetro de la embocadura. Desembarcaron allí ochenta hombres al mando del Adelantado, construyeron casas de madera con techos de hojas de palmera; construyeron sólidamente un gran almacén para encerrar en él las provisiones de boca, algunas legumbres secas, vino, aceite, vinagre, algunos efectos de campamento, armas y artillería. El Almirante les dejó el *Gallego* tan provisto como fué posible y abastecido de utensilios de pesca; despues se dispuso para la partida. Pero de la contrariedad de las lluvias torrenciales y las inundaciones había de sufrir las de la sequedad. El río había decrecido considerablemente. La arena, arrastrada por el agua, formaba en la embocadura una barra que no podía salvarse. Sólo había en aquel punto media braza de agua. Ya no quedó más remedio que tomar paciencia. Colon esperó á que aquellas lluvias tan maldecidas un tiempo de sus tripulaciones y ahora tan vivamente deseadas, fueran á librarle de aquel bloqueo.

(1) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. xciv.

§ III.

Mientras tanto, viendo el Quibian que realmente se habían establecido en su territorio, resolvió atacar de improviso á los extranjeros, y quemar sus naves. Disimulando hábilmente sus intenciones, aparentó reunir sus tropas para combatir al Cacique de Cobrava Aurira, con quien acababa de tener una escaramuza, en la que había sido herido en un muslo. Mientras que confiadamente preparaba su ataque á la vista de los españoles, un hombre, á bordo del *Santiago de Palos*, observaba atentamente las idas y venidas de los indígenas.

Este hombre tomó una parte demasiado grande en aquella expedición y en la suerte del Almirante, para que no le concedamos aquí una mención á la que tendría derecho su solo valor, si sus virtudes no excedieran á éste: era de Segura y se llamaba Diego Méndez. Cierta admiración anticipada le había agregado desde un principio á la casa de Colon en calidad de criado voluntario. Habíale acompañado en su primer descubrimiento; había llegado á ser uno de sus escuderos, y con dicho título le había seguido en los viajes segundo y tercero. Habiendo el Almirante reconocido su mérito, le había nombrado secretario principal de la escuadra, y puesto á bordo del *Santiago de Palos*, para suplir la incapacidad del capitán Francisco de Porras.

Diego Méndez se presentó al Almirante y le dijo: « Señor, esas gentes que han pasado por aquí en ademan de guerra, dicen que van á reunirse á los de Veragua para marchar contra los indios de Cobrava Aurira. Yo creo que es, al contrario, para quemar nuestras naves y degollarnos á todos (1). » El Almirante encargó á Diego Méndez que vigilara á los indios. Sin perder un instante, imagina Méndez armar un bote y seguir lo largo de la costa de Veragua para reconocer el campo enemigo. No bien hubo andado una media legua, cuando encontró reunidos más de mil guerreros, con muchas provisiones de viveres y brevages (2). Haciendo atracar el bote, se atrevió á saltar en tierra y adelantar solo entre ellos. Ofrecióles seguirles á la guerra con su esquife; pero ellos lo rehusaron diciéndole que era inútil. Fuese otra vez á su embarcación, y quedóse espiándoles toda la noche. Habíase escogido aquella misma noche para ejecutar su plan. Viendo que habían

(1) Relacion hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último viaje del Almirante don Cristóbal Colon.

(2) « Cuando hallé al pie de mil hombres de guerra con muchas vituallas y brevages. » — *Relacion hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último viaje, etc.*

sido descubiertos, tomaron el partido de volver á Veragua, mientras que el intrépido Méndez volvía á la *Capitana* para dar el parte. « Conté, dice, lo que pasó á su Señoría, quien lo apreció infinitamente. »

Animado por este buen éxito y las gracias que le dió el Almirante, cuyo voto valía más para él que todos los premios que pudieran darle, ofrecióse el bravo Diego Méndez á irles á espiar en su mismo campamento. Eso era ya el colmo de la abnegación y la temeridad. Con todo, como él meditaba una estratagema, érale preciso llevarse consigo un compañero, y le halló. Su audacia se vió coronada por el buen éxito. Un joven aspirante de la *Viscaina*, Rodrigo de Escobar, quiso acompañarle. En su camino, encontró Diego Méndez dos botes de indios extranjeros, y supo por ellos que dentro de dos días, durante la noche, se llevaría á efecto el plan que él desconcertó con su presencia. Prometiéndoles muchos juguetes, les suplicó que le condujeran en sus botes hasta Veragua; pero se lo disuadieron, porque tenían la certeza de que al llegar allá le asesinarían tanto á él como á su compañero (1). Por sus muchas instancias, obtuvo que le desembarcaran en frente de las poblaciones indias. Los guerreros del Quibian le obstruían el camino que llevaba á su morada. Diego Méndez fingió que iba, en su calidad de cirujano, para curar la herida de su jefe; hizoles algunos regalos y le dejaron libre el paso.

La morada del Quibian, situada en una meseta en la cima de una eminencia, ocupaba el centro de una plaza adornada con trecientas cabezas de vencidos. Sin retroceder Diego Méndez en presencia de aquellos horribles trofeos, llegó junto á la puerta del palacio. Un grupo de mujeres y niños que estaban sentados en el umbral, al verle, penetraron en el interior, profiriendo agudos gritos. Á pesar de la repentina llegada de un furioso hijo de Quibian, rodeado de guerreros, encontró Diego Méndez el medio de observar la plaza, y retirarse sin haber recibido ni una leve herida.

Á consecuencia del informe de Diego Méndez, se acordó la prisión del Quibian y de sus oficiales. El Almirante encargó al Adelantado que la efectuara. Don Bartolomé se llevó consigo ochenta hombres, que le siguieron de dos en dos á cierta distancia de la casa del Quibian, ocultos entre los árboles. Él se adelantó luego, seguido solamente de cinco hombres, hasta la fortaleza del jefe, se apoderó de él, y disparó un arcabuz, á cuya señal acudieron los españoles emboscados. Los oficiales y parientes del Quibian, en número de unos cincuenta próximamente, vencidos por la sorpresa, quedan en seguida agarrotados como él:

(1) « É yo les rogué me llevasen en sus canoas el río arriba, y que se lo pagaría; y ellos se escusaban aconsejándome que en ninguna manera fuese, porque fuese cierto que en llegando me matarían á mí y al compañero que llevaba. » — *Relacion hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último viaje, etc.*

Los vasallos del Cacique lanzaban gritos de desconsuelo; suplicaban al Adelantado que le devolviera la libertad, ofreciendo por su rescate un tesoro que decían hallarse enterrado en el bosque cercano. El Adelantado, empero, no quiso atender ninguna observación, porque no debía perder un instante, á fin de evitar que la reunión de toda la tribu ocasionara una colisión sangrienta; por lo cual hizo trasladar los presos á las embarcaciones.

Confióse el Quibian á la custodia personal del primer teniente ó piloto general de la escuadrilla, Juan Sánchez, hombre de musculatura y formas hercúleas. Á las expresas y terminantes observaciones del Adelantado replicó con ademán fanfarrón que él respondía de su preso, y en caso de que se le escapara, permitía que le arrancaran uno á uno los pelos de la barba. Acto continuo llevóse consigo al Quibian fuertemente atado, le tendió en el fondo del bote, sujetóle fuertemente á un banco, y marcharon río abajo, porque se acercaba la noche. El Quibian se quejaba de sus ligaduras que decía eran demasiado fuertes. Juan Sánchez, á pesar de la rudeza de su apariencia exterior, no carecía de sentimientos humanitarios. Como se hallaban mar adentro á una media legua de la embocadura de Belén, donde estaban ancladas las carabelas, aflojó sus ataduras, desató la cuerda que le tenía sujeto al banco de los remeros, contentándose con tenerla él mismo en su mano. El Quibian seguía atentamente los movimientos del piloto. Aprovechando un momento en que éste miraba á otra parte, arrojóse de un salto el indio en el mar, cayó como una piedra en el fondo del agua y desapareció. La sacudida había derribado á Juan Sánchez quien aflojó la cuerda involuntariamente. Acostumbrado el Quibian á zambullirse debajo las olas, nadó entre dos aguas, y se escapó sin que nadie pudiera ver en la oscuridad qué se había hecho. Este incidente hizo que se doblara la vigilancia con los demás presos que se llevaron á las carabelas.

Después de haber el Adelantado dispuesto el embarque del Quibian y de los suyos, había perseguido al ejército indio; pero se había dispersado entre montes y malezas inaccesibles. Limitóse pues á ejercitar sus derechos de conquista en la morada del Quibian. El oro no abundaba mucho en casa de aquel poseedor de las minas más ricas conocidas entonces. Sólo encontró en ella seis grandes espejos y dos coronas, de oro puro, varias placas pequeñas de oro macizo, y veintitres alhajas de oro de clase inferior (1). El total podía valer unos trescientos escudos de oro (2), y lo presentó todo al Almirante. Á fin de recompensar Colón esa habilidad de ejecución que no había costado ni una sola gota de sangre, después de extraídos los derechos reales, dió al Adelantado una de las dos coronas de oro, como recuerdo

(1) Inventario del botín, tomado por el notario real Diego de Porras. — *Relación del oro que trajo el Adelantado de Veragua, cuando trajo preso al Cacique é ciertas piezas de guaní.*

(2) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, liv. IV, pág. 244, in-4.

de su incruenta victoria, y distribuyó lo restante entre la tropa que le había acompañado.

En aquel mismo instante sobrevinieron abundantes lluvias, que permitieron sacar á las tres carabelas fuera de la embocadura; pero la barra de arena era tan alta, que, á pesar del poco calado de las embarcaciones, no se pudo lograr que pasaran sin descargarlas enteramente, colocando en la orilla todo su cargamento. Cuando estuvieron ya en el mar, se pasaron varios días en el transporte del cargamento á bordo y otras operaciones necesarias. El Almirante había echado el ancla á una legua de la embocadura, esperando un viento favorable á fin de ir directamente á la Española, desde donde habría enviado refuerzos y provisiones á la pequeña guarnición ántes de su salida para España. Mientras tanto, salido el Quibian de las aguas durante la noche como un aligador, se había ocultado en las apartadas habitaciones de su tribu, donde despertaba el odio de sus soldados contra los extranjeritos. Oculto entre las espesas plantas de su país, acechaba todos sus movimientos y preparaba secretamente una pronta y terrible venganza.